

El Correo de Guipúzcoa

DIARIO TRADICIONALISTA

Año XIII.

Nº 4.360

Redacción, Prim, 15

Teléfono número 274

SAN SEBASTIÁN.—Jueves 8 de diciembre de 1910

Suscripciones y anuncios 4.º piso

Administración, Prim, 15

¡Es nuestra Madre!

Toda la celestial poesía que encierra el culto a María no es más que un muy débil destello de las bellezas casi divinas que atesora el Corazón Inmaculado de la más hermosa de las mujeres, de la más pura de las criaturas, de la que en su naturaleza humana encierra espléndores que deslumbran y extasián a las más altas jerarquías angélicas.

Es el culto de María de un espiritualismo tan elevado, está saturado de tan dulces y purísimos efluvios de inocencia, causa en el alma afectos de una pureza tal, que basta sentir su deleitable acción para beber á raudales la luz de un mundo desconocido á nuestra flaca razón y adquirir el convencimiento de que obra sobre nosotros la verdad supranatural, la armonía de lo verdadero y lo infinito, la belleza que en vano busca nuestra inteligencia en lo que la rodea, la dicha que colma las aspiraciones sin límite de nuestro corazón.

¿Qué es la verdad? se ha preguntado el hombre mientras ha vagado su espíritu fuera de las regiones iluminadas por la revelación; addóce está la felicidad? ha sido la interrogante del humano corazón hasta que ha gozado de sus inefables emociones que la gracia divina produce en el alma. Pero esas preguntas que no han podido ser contestadas por el genio del hombre fuera del cristianismo, hallan respuesta cumplida y satisfactoria en todos los corazones que han participado de los celestiales efectos de la devoción á María.

Hay en María tanta hermosura, tanto y tan consolador idealismo, tanta luz y tanta juventud, que ahí, en ese privilegiado ser, ha de estar el foco de la verdad y el centro de la dicha, en ella ha debido de reunir el Infinito cuanto de bello ha brotado de su Omnipotencia.

¿Qué entendimiento es capaz de concebir el conjunto de perfecciones que brillan en María, qué musa puede inspirar sublimidad tauta, ni qué genio crear tipo tan acabado de belleza, ni qué corazón remontarse de las realidades groseras de la tierra á un mundo de arte tan deslumbrador?

Ahí está el dedo de Dios: ahí en María Inmaculada está la obra que solo ha podido concebir la inspiración divina al calor de entusiasmos infinitos.

Pero si la contemplación de la que es el oceno de gracia y hermosura inunda el alma de claridades sobrehumanas y de amores inefables, esos esplendores de la inteligencia y esos efluvios del corazón ganan en intensidad, se acrecen, ante la consideración de que la Reina de la gracia, la sublimada con la Maternidad divina, la que en virtud de esta prerrogativa misteriosa aparece desde el primer instante de su ser más radiante que el sol, más brillante que las estrellas, más pura que los Serafines y más hermosa que cuantas hermosuras puedan idear las más encumbradas inteligencias, la Señora de los cielos y la tierra, la Madre del Verbo y Hija del Padre y Esposa del Espíritu Santo, es también nuestra Madre, Madre de todos los hombres.

Cantemos pues, las glorias de María con el cariñoso entusiasmo de hijos, proclamándola toda hermosa! con la Santa Iglesia, y acudamos á ella con la confianza propia también de hijos.

¡Es Madre nuestra!

EL RANCIO.

A la Virgen

Cuando la aurora con sus haces de oro Y sus tintes de rosa y de zafir Asoma por Oriente, ¡Virgen Madre Acuérdate de mí!

Cuando se oculta el sol tras la montaña Y aparece la luna en el cenit Con su plateada faz, ¡Madre del alma, Acuérdate de mí!

Cuando el fúnebre son de la campana De mi agonía anuncio ya su fin, En tan tristes momentos, ¡Madre mía, Acuérdate de mí!

Y ya la aurora asome por Oriente O la luna aparece en el cenit, O suena la campana en mi agonía ¡Acuérdate de mí! ¡Acuérdate de mí!

B. G.

LA PURÍSIMA

El culto de María, en su plenitud de gracia y hermosura, es un reflejo del culto divino, esto es, después de Dios, es el objeto más sublime del amor y admiración de todas las generaciones.

Por eso el culto de María se mezcla como un elemento, en cierto modo necesario, en todas las generaciones expansiones de la vida cristiana. Su grandeza, su destino, su relación con la vida del alma demuestran que no podrá ser de otro modo. Si Vénus feó el hermoso mal que corrompió á la tierra, María es el bello ideal que purificó á la mujer, y, por ende, á las sociedades cristianas. ¡At! Si el Parnaso hubiese conocido y cantado á María, las delicias pígmias hubiesen ostentado su pedestal y la tierra hubiese sido un Paraíso, un Edén resplandeciente con la edad de oro para el género humano.

¡El culto de María! Embalse de las edades, y, después de Dios, tallamán de las almas puras, aires y arrebas porque es la única grandeza y maravilla creada que la omnipotencia del Creador pudo formar. Plenitud de gracia y hermosura, la misma innumeridad debería rendirse á una pureza, porque aun en lo humano, no puede inventarse un ideal de belleza, que la omnipotencia de los ojos del mismo Dios.

M. O.
Azpeiti: diciembre 1910.

que sin dejar de ser criatura, es el bello ideal insuperable de la virgen, de la hija, de la esposa y de la madre?

Sí; María es una criatura aparte, más bella por sí sola que toda la creación; su culto produce en el corazón de los servidores enamorados, las más nobles aspiraciones y las concepciones más elevadas, porque se revela á nuestra alma como un ser soberanamente amable, admirabilmente poético, profundamente tierno, y eminentemente propio para desarrollar y hasta exaltar en ella el sentido de lo bello por la contemplación de una belleza celestial y sobrehumana. Pase gasoso sería posible imaginar nada más encantador, que ese misterio sobrenatural hermoso de una oratoria, en apariencia tan dable, tan fragil, como una virgen, teniendo en sus brazos al Dios omnipotente que sostiene el universo, y que la acaricia como madre, prendado de su bondad? ¿Dónde encontrar algo semejante en las concepciones de Homero ó Virgilio en sus Odes y Eneidas.

El solo título de *Inmaculada* es por el todo un poema, y María se presenta al Señor todo hermosa y llena de gracia, como soberanamente bella, bella en su concepción, bella en su nacimiento, bella y sublime en su maternidad divina, y bella sobre el trono de los cielos. Verdadera obra maestra del Altísimo, sobrepuesta en belleza á los ángeles del cielo, á las estrellas del firmamento, á las flores de la tierra y á las parcas del Océano. Por eso tiene la brillantez de los astros eternos, el perfume de las flores que jamás se marchitan, y es en suavidad y ternura más grata que las vírgenes de María y las hijas de Jerusalén.

Da María nuca podríamos desribir la belleza espiritual. Todo ante ella palidece: es la más bella de las cosas creadas, es la deseada de las antiguas generaciones y la maravilla de los siglos. Y como banda entra todas las mujeres, es perfecta como la virtud y bella como la gracia; tan bella es que ha ennoblecido á nuestra reza ante los ojos del mismo Dios.

Da María nuca podríamos desribir la belleza espiritual. Todo ante ella palidece: es la más bella de las cosas creadas, es la deseada de las antiguas generaciones y la maravilla de los siglos. Y como banda entra todas las mujeres, es perfecta como la virtud y bella como la gracia; tan bella es que ha ennoblecido á nuestra reza ante los ojos del mismo Dios.

M. O.
Azpeiti: diciembre 1910.

María Inmaculada

Dicen muy acertadamente los teólogos, que todos los elogios que de esta criatura sobre toda oratoria, pueden hacerse, se hallan encerrados en esta sola frase: «Es Madre de Dios». Frase que aun interpretada en la forma más humana en que sea posible explicarse, resulta de una fecundidad y grandeza tan asombrosa que la mente humana es imposible que llegue á comprenderla en todo su amplitud y extensión.

En efecto: el Hijo de Dios hecho hombre, si en todo habla de ser su majante á nosotros, excepto en su pasado, al hablo de ser el más santo y perfecto entre los hijos de Adán, no obviamente habla de sentir en sí una de las más nobles aspiraciones que puede sentir el corazón de su hijo; la de tener una madre que en su casa sea pígia, sobre todo en veces de naturaleza y gracia á cuantas madres.

Y como El era infinito en poder y sabiduría todo lo aproscró en beneficio de su madre, hasta llegar en el molde de aquella obra maestra todos los tesoros inmenos de su omnipotencia. Y como El era esa R- y de los cielos y de la tierra, soberano Señor de los ángeles y de los hombres, que se contentó con menos que con hacer también á su madre Reina y Soberana de todo lo creado, ante la cual doblaron como vasallos la rodilla, desde el primer instante de su Concepción Inmaculada, todas las potestades de los cielos, de la tierra y de los abismos.

María es tan Reina y Soberana por gracia como José es al Rey y Sacerdote por naturaleza. Sienlo idéntica San Lorenzo Justitiano —la protesta del hijo y de la madre, fué su omnipotencia por el Hijo Onnipotente.

Por eso aparece tan hermosa para el mundo cristiano la fiesta de María Inmaculada. Es la fiesta por excelencia de nuestra naturaleza devota, levantada como dal polo de la tierra, y ensalzada hasta las incomparables regiones de lo infinito en la persona de nuestra madre, la dulcísima Virgen María, la cual se halla junto al trono del Altísimo como representación de

toda la familia humana y dispuesta siempre á hacer valer en favor nuestro el inmenso ascendiente de que goza como Reina Inmortal de los oídos.

Sobre todo esta fiesta es por excepción la fiesta de la España católica. Si todas las naciones han rivalizado en entusiasmo, hecha ésta singularísimo privilegio de María, nadie ha disputado á España la palma de la victoria en este certamen universal de amor. El mismo Pío IX al exteriorizar en soberbio monumento la gloria de María proclamada Parísima es Inmaculada á la faz del monarca conmovido de júbilo no encontrado lugar más propio ni en que con más derecho debiera lavarse aquél monumento en la Ciudad Eterna que la Plaza llamada de España, por hallarse enfrente de la Legación española.

¡Qué coincidencias tan admirables nos ofrecen la sucesión de los acontecimientos dirigidos y gobernados por la divina providencia! El más glorioso de los tronos en que es venera María desde los tiempos más remotos, es el Santo Pilar de Zaragoza en España; el más augustuo y soleado monumento dedicado á María por las actuales generaciones en el arrogante Pilar de Roma, donde se ostenta María Inmaculada en territorio italiano es igual.

Fr. P. Corro, O. S. A.

La Inmaculada Concepción

Pasa á cuantos cristianos han existido y á cuantos antíchristos existen y han de existir, es un hecho, plenamente comprobado en todos los tiempos, y hasta la santidad demostrado por todos los apóstoles cristianos, la asistencia divina del Espíritu Santo, sobre su Iglesia, proporcionándole en todos los tiempos el remedio adecuado y efectivo contra los males y errores que han aparecido desde la fundación del Cristianismo hasta nuestros días.

El medio del lujo y sensualidad romanos, maestro los yermos de la bestialidad; entre el furor por los espartaculos sangrientos, apasionó un Tártaro que arrojándose heróicamente entre una fiera y un su semejante, convenció con tan barbara costumbre, en un estado social de despotismo y tiranía como esto, feliz la mano ferrea de un Gregorio el Grande; con el apagó á las cosas terrenas colonizó el nacimiento de San Francisco de Asís y con el nacimiento del Protestantismo, la reforma de Santa Teresa, y el ideal de su Ignacio de Loyola.

La revolución francesa habrá desatado con sus principios anárquicos, su literatura atea, sus obras tiránicas, cuanto de estable y duradero habían establecido dieciocho siglos anteriores. Los efectos se dijeron sentir muy pronto; nació el primer imperio de Napoleón, una anarquía completa en los espíritus; una esterilidad nunca vista en los corazones. Desentendióse hasta nuestros días: han multiplicado los estragos que su nombre da la libertad y igualdad vienen produciendo las doctrinas de un Voltaire, Rousseau y Robespierre.

Sin apoderarse de las inteligencias ni espiritualismo desolador que causó horror al considerarlo, se han perpetrado multitud de corazonazones. El equívoco impreso en la literatura sobre todo oratorio, con toda su desfachatez y derrochazo; ilamas valientes al descaro y matonismo; poguedad de la modestia; derrochos los latrocinos, tiranía autoridad. Frustrándose en la libertad se atenta á la moralización en el arte, en el cine, en el teatro. Se llaman exorbitantes á cuantos, como los religiosos, trabajan por la fidelidad humana y redentora á los que labran por el desequilibrio y destrucción de la sociedad.

Amparado el hombre por leyes de perdonación, llegando hasta negar su origen divino, reniego de todo ideal noble y generoso, y se entregó con fruición á estafazar en toda su vulgariza y degradación, sus instintos de bruto; ilamas á eso ligados, y absurdo el holocausto de una virgin!

Considerando tanta perversión, pensando en rebajamiento moral, levantada como dal polo de la tierra, y ensalzada hasta las incomparables regiones de lo infinito en la persona de nuestra madre, la dulcísima Virgen María, la cual se halla junto al trono del Altísimo como representación de

cuantos á su lado, en medio de tan lamentable descalabro moral surge

en la mente una imagen purísima, un ideal nunca soñado, una grandeza soberana, una bondad incomparable; es la de María en su Purísima Concepción; es la de una criatura humana, inmaculada, mujer fuerte, reina pederroshima.

La Virgen en su Concepción nos ofrece, si el tipo de un ser semejante á nosotros en libertad, pero de una libertad plena, absoluta, y lejos de abusar de tal prerrogativa la emplea siempre en aras de su perfeccionamiento creciente, muestra al hombre el camino que ha de seguir si no quiere ser esclavo de sus pasiones. Siempre será el modelo de las almas verdaderas libres, y la paradisíaca de todos los mañados, es la refutación encarnizada de la libertad al uso, la gran herejía de los tiempos modernos. Es la Virgen María el ser humano por Dios criado con la prerrogativa de elección entre el bien y el mal, elevada al más alto grado, y el ser humano no también que mejor uso de favor tiene.

Dicho de perfección jamás desaparecerá el culto de la Virgen María el ser humano por Dios criado con la prerrogativa de elección entre el bien y el mal, elevada al más alto grado, y el ser humano no también que mejor uso de favor tiene.

Fr. P. Corro, O. S. A.

aceerak ataria, doña polit batetik kintatzen dira.

Gora Egaia! general ona Euskaldunen artxiko Gondia ondo antolatzen du Atakian azterako. Jefe onari matill utziya (!) Nekoz zaio azterako. Ozebek eseo gelago danka Oain bezia baterak.

Ea, ea, Tolos' alderia Loma bizirik sartuko eizera.

ARGITASUNA

Gloria á María!
A la acorriada defensora del misterio de la Inmaculada Concepción, la venerable Madre Sor María de Jesús nombre sublime, que inspira admiración al alto cielo; que templa el alma del mortal que gime. Bajo el yugo opresor del desconsuelo. Alma de acero, que el dolor no oprime. Caudal hijo del sol, que alzó su verde. Hasta subió á la eterna altura. Do se merece igual candidez blanca.

Corazón de gigante, troquelado En el divino autor del Nazareno; Ave de tempestad, a quien alrededor asombró el alaquistón, ni espantó el trueno. Columna de la fá, vaso sagrado, Do tuvo cabida el torpe cíneo; De Agrada orgullo, lumínica de España. Que en clara luz sus horizontes baña.

Fénix de ingenios, astro que fulgura, Trasunto de la eterna realza, Iris de paz y de eternal ventura, Hechizo de bondad y de pureza. Serafín, que enciende en llama pura. De caridad con igual grandeza. Dieto á su pluma cincia sobre humana. Que le bebiere de céfala fontana.

Extático ante tí, ¿quién no te adorara? Rosa de Jericó, faro espléndente?

¿Quién no admira tu pluma encantada? Asombro y lustre de la humana gente?

¿Quién no riende su boca arrobadora? Ni riende humilde su muenda frañez?

Y eclipsado de brillo y ciencia tanta, ¿Quién no te aclama por Insigne y Santa?

Oh! si pudieres pregonar tu gloria, Cataratas de ritmica armonia. Vertiera en tu loor, quia tu memoria Surgir harían de la tumba fríal.

Y escribiría en el bronce de la historia Con letras, que la edad no barrare;

«Que más que el héroe que la espada blanca, Grande es tu nombre, tu figura grande».

Y embocando la trompa sonora, De la gloria inmortal, te eufletecera Tu aien enguinaldada de olores. Diadema, que del Pindo destegiera.

Y allí, en el templo de la fama airosa Un altar suntuoso te erigiera, Donde atótonos, reyes y prelados Humillaran sus cetros y cayados.

Mas recelo, que espire en mi garganta El eco de mi voz, que alrededor del cielo Hielo el soplo del nubarrón que te canta Mi ardor trocando en lastimoso duelo: Temo su voz, que grita sacrosanta, Ni profane jamás entre mequino, Lo sublime, lo santo, lo divino.»

Y el débil son de mi laud cansado Podrá de Dios ahogar el dulce acento? Y el estruendo del mar alborotado Los suaves ecos de admirado viento Lograrán dominar? Jamás; no es dado Con tosca lira y con mortal acento Cantar las glorias que el celeste coro Ensala al blando son del plectro de ero.

Yo me rindo á sus pies, lleno de espíritu Y hundido en polvo, romperé mi lira, Que no sabe expresar el dulce canto, Que mi ardoroso corazón le inspira; Ciego obedeceré en silencio santo Tu espíritu contemplando, cual adorante. El caminante mudo y silencioso.

El sólo Virgen sin par, sólo un gemido Lanzaré de pesar tu abandono; Que brilla pronto el día, en que vencida Cesa á tus pies el encogido envero No lo desologas, no; es el latido Que alas mi corazón